

IMPERIALISMO

Iñaki Aginaga

IMPERIALISMO

La cuestión nacional es la cuestión de la política y el derecho de las naciones. La cuestión nacional de los pueblos subyugados y colonizados es sólo especie de la cuestión nacional en general.

Todos los pueblos del mundo afirman su pretensión de vivir libres y seguros en su patria libre, con el territorio y los recursos que la constituyen, de preservar su libertad e identidad nacionales por todos los medios posibles frente a la agresión y la ocupación imperialista y colonial, de mantener su propio derecho, si no el de los demás, de autodeterminación y legítima defensa.

El imperialismo es la especie extrema de nacionalismo, de opresión social, política, económica, racial, lingüística y cultural. El racismo es la afirmación teórica y práctica de la relación fundamental de superioridad e inferioridad entre unas razas y otras. Más o menos estrechamente implicada o vinculada con ella, la misma afirmación teórica y práctica se da en materia de lingüística, cultura, economía, derechos humanos y política.

El “nacionalismo”, opresor u oprimido, es el modo de ser de la nación. La nación es el sujeto activo del nacionalismo. Nacionalismo y nación son constitutivamente correlativos, indisociables, no pueden destruirse, parcial o totalmente, por separado. Todo imperialismo oprime, reprime, amenaza, secuestra, extorsiona y mata. Pero si el imperialismo puede, a veces, someter y destruir a los pueblos, los pueblos no "se" incorporan ni se someten nunca. La lucha por la libertad nacional es signo y expresión vital. Lleva en sí misma su fundamentación y su justificación inmanentes, porque es imposible e impensable la resistencia política e ideológica frente a la agresión imperialista y la ocupación totalitaria sin las condiciones sociológicas y culturales generales que la preceden, constituyen y hacen necesaria. La lucha por la libertad nacional es consecuencia inevitable de la agresión imperialista, es inseparable del sistema imperialista de dominación. Los pueblos resisten luego existen, existen porque resisten. Su resistencia misma hace que “un pueblo es un pueblo”, identificable bajo la agresión, la ocupación y el terrorismo imperialistas.

No hay pueblos que resisten al imperialismo y pueblos que se someten. Los pueblos luchan por su libertad mientras están vivos, y si dejan de hacerlo es porque están ya muertos, aunque el punto de irreversibilidad sea incierto y la aparente muerte clínica recele a veces hibernaciones o letargias funcionales de aventurado diagnóstico y sorprendente desenlace. Los "pueblos" que no luchan por la libertad son ya pasto de predadores y carroñeros o escoria, "basura de pueblos", a reciclar o incinerar por los servicios anexos de recuperación y saneamiento.

Los imperios se han fundado y conservado por el sometimiento, la opresión, la represión y la destrucción de los pueblos, la violencia, la agresión, la guerra, la conquista, la ocupación, la anexión, el monopolio de la fuerza bruta, la represión y el Terror, el exterminio, la negación teórica y práctica del derecho internacional, los crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad, la conculcación de todos los derechos humanos fundamentales y, en primer lugar, del derecho de autodeterminación de todos los pueblos primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás, el bombardeo de poblaciones civiles, el asesinato y la tortura, la amenaza, la prisión, la toma de rehenes, la extorsión, el genocidio o destrucción

racial, lingüística y cultural de los pueblos, el exterminio, el hambre y la enfermedad, la exclusión, la expulsión, la deportación, la colonización, la plantación y la asimilación de poblaciones, la extorsión, la expoliación, la explotación y el pillaje de los recursos naturales y productivos, el secuestro de personas y pueblos en fronteras infranqueables e impermeables, la represión sexual y la esterilización directa o indirecta, el condicionamiento ideológico, la propaganda y la guerra psicológica, la destrucción de todo signo o fundamento de identidad. Por mucho que se cambie de nombre a los hechos para hacer creer que son otra cosa, las instituciones del imperialismo chorrean la sangre de innumerables víctimas, testimonio permanente de los monstruosos crímenes que las han construido.

Siendo la violencia constitutiva de la política en general, de la guerra y del derecho en especial, tanto más se extiende y agudiza en cuanto base política del nacionalismo imperialista. No se somete, oprime, reprime y destruye los pueblos mediante la gratificación, la persuasión, el diálogo y el respeto de los derechos humanos, las normas y las actitudes humanitarias, los buenos sentimientos altruistas y filantrópicos, la piedad y la compasión. Por mucho que se cambie de nombre a los hechos para hacer creer que son otra cosa, las instituciones del imperialismo chorrean la sangre de innumerables víctimas, testimonio permanente de los monstruosos crímenes que las han construido.

Sobre tales títulos y poderes se funda el derecho del imperialismo para decidir del bien y del mal, para dictar la moral y la ley públicas, para atribuir patrias, identidades, derechos, deberes y responsabilidades, para ordenar por la violencia y el terror toda la vida social, material y cultural. Es así como se han determinado, la infraestructura y la superestructura de las relaciones sociales contemporáneas, la organización material e ideológica, los sujetos agente y paciente de la violencia y sus condiciones y límites en el tiempo y el espacio.

De la violencia y el terror, la guerra y la represión precedentes surgieron la violencia y el Terror del orden presente, a cuyas condiciones concretas debe adaptarse toda resistencia. Los crímenes “de antes”, como los crímenes de ahora, siguen impunes y vigentes en los territorios ocupados y colonizados. No son, como sus autores y beneficiarios quieren hacer creer cuando les conviene, historia pasada, sin identidad ni continuidad ni relevancia en las actuales relaciones sociales. Bien al contrario, con ellos y por ellos se han establecido, están constituidas, continúan y se mantienen las actuales relaciones sociales, la infraestructura y la supraestructura del actual régimen de ocupación. No puede afirmarse éste sin reivindicar los crímenes que lo han construido y lo mantienen. No puede condenarse éstos sin renunciar a la dominación política, económica e ideológica por ellos constituida.

En el derecho de costumbre de los pueblos formalmente *reconocido* por las UN, el imperialismo y el fascismo no son “opciones u opiniones legítimas y respetables”. Son crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad. Fascistas e imperialistas no son pacifistas no-violentos, defensores de la libertad y la democracia, gente decente y personas de bien, políticos honrados y respetables. Son enemigos de la libertad y de los derechos humanos, asesinos y ladrones, delincuentes y criminales autores de las mayores ofensas que registran la moral y el derecho, embusteros, embaucadores, falsarios, farsantes e hipócritas profesionales. En cuanto tales, no tienen derechos. Es tarea ineludible de los pueblos oprimidos defenderse contra ellos “por todos los medios a su alcance”.

Del despotismo asiático al feudalismo, del absolutismo al “liberalismo” profascista, de las dictaduras castrenses al totalitarismo contemporáneo, la historia comparada muestra la diversidad evolutiva de los imperialismos, pero confirma que el imperialismo en general no retrocede nunca de forma voluntaria, espontánea, racional o razonable, su remisión o limitación sólo se da cuando encuentra resistencias que no puede superar. Mientras el imperialismo y el colonialismo aparecen como beneficiarios y triunfadores, encuentran el apoyo de toda la nación dominante. Solidaridad, resolución y unión sagrada del nacionalismo imperialista solamente ceden o se debilitan ante el coste creciente o exorbitante del conflicto con la resistencia.

<Con la desaparición o el abandono de la lucha de clases interna, se fortifican la lucha de clases internacional, la unión nacional sagrada, la reconciliación nacional, la solidaridad y la resolución del nacionalismo imperialista. El nacionalismo “de izquierda”, en sus diversas formas pletóricas como residuales, no cede en nada al nacionalismo de la derecha tradicional. Bien al contrario, depende de él, lo complementa, informa, encubre, estimula, desarrolla, encona, refuerza, adapta y moderniza, le procura justificación y legitimidad ideológicas, integra su quinta columna, infiltra, provoca y debilita la resistencia. Sus maniobras en la “oposición” se corresponden con la ultranza de la represión cuando disponen de ella. En los territorios ocupados y colonizados ha sido, desde su origen, un instrumento de lucha política e ideológica contra la libertad de los pueblos, con el apoyo ciego o deliberado de los colaboracionistas y cómplices autóctonos. El “dualismo” ideológico clase-nación, social-nacional, lucha de clases-lucha nacional, arma ideológica predilecta del social-imperialismo tradicional, ha hecho estragos en la frágil ideología y la endeble integración política de los países subyugados. Contó con la colaboración y la complicidad sin fallas de los servicios auxiliares indígenas de colaboracionistas y cómplices que, por su parte, lo han proclamado siempre, aún después del abandono oficial de la lucha de clases interna por el social-imperialismo.

Desaparecidos de la realidad ideológica y política el liberalismo, el anarquismo, el socialismo y el comunismo, productos transitorios del idealismo-optimismo histórico, quedan dueños del campo el fascismo, el nacionalismo y el imperialismo, que han recuperado, asimilado y, finalmente, reinventado a sus antiguos adversarios. El nacionalismo, como la corrupción, son más bien “valores de izquierda” que de derecha. El fascismo y el nacionalsocialismo, que han desplazado, renovado y transformado la derecha arcaica, despótica, militar y plutocrática, nació de los partidos y sindicatos de la “izquierda” nacionalista, luego derrotados, reinventados, colonizados, impuestos, financiados por los servicios oficiales o secretos de las potencias dominantes, incorporados, encuadrados o sustituidos por los advenedizos de la reacción triunfante, que han recuperado hasta sus descoloradas etiquetas a fines de reclamo y publicidad. Social-imperialistas, nacional-socialistas, liberales y comunistas nacionales etc aparecen y se manifiestan cada vez más abiertamente como nacionalistas a secas y, de hecho, no son otra cosa. Sólo subsisten porque la derecha tradicional necesita de ellos como complemento político e ideológico para hacer el trabajo sucio que no puede hacer por sí misma. Encuentran así satisfacción moral y compensación material prófugos, despojos y

travestis del transformismo revolucionario. La facilidad y velocidad con que los más radicales adversarios autoproclamados de los gobiernos despóticos tradicionales, de la aristocracia y del nacionalismo burgués de los demás, se convierten al nacionalismo oficial y el fascismo, arrojan luz retrospectiva y prospectiva reveladora sobre la realidad y el fondo de sus actividades presentes y pasadas. Tan evidente es su inexistencia como oposición que ni siquiera aciertan a definir la fachada publicitaria que les permita seguir guardando las apariencias.>

<Con Estados criminales y terroristas de éste género, con esta gentuza sin honor ni vergüenza, dicen y quieren hacer creer los colaboracionistas y cómplices armados y desarmados, que van a “resolver democráticamente el conflicto político por el diálogo y la negociación” etc.>